

Francisco A. Encina

Trascendental prólogo del tomo XIX de la Historia de Chile (*)

"La verdad es lo que dignifica y concede valor a la historia".—*Acton*.

"La verdad supera a todas las ficciones del artista cuando alguien tiene el valor de decirla".—*Goethe*.

"... Quae sibi quisqui facilia factu putat acquo animo accipit; supra ea, veluti ficta, pro falsis ducit".

"... Cada uno admite fácilmente lo que cree posible realizar por él mismo; en todo lo que está por encima de sus alcances, sólo ve una ficción, una simple mentira".—*Salustio*. "Conjuración de Catilina".

"El lector acepta o repudia los juicios de acuerdo con sus disposiciones afectivas y sus afinidades y antinomias intelectuales con el historiador; sólo al necio se le representa como invención de mitómano lo que excede a sus alcances" (1).



HACE ochenta años, Blas Encina, un raro que tuvo la ocurrencia de pensar la vida al margen de los conceptos estereotipados y la cordura de no escribir nada, comentando con Ignacio Zenteno Gana algunos conceptos de Scherer, llamó a la historia el *hospicio del mundo intelectual*.

(*) Hemos juzgado de alto interés para los lectores de "Atenea", reproducir en sus páginas el Prólogo que don Francisco A. Encina ha escrito para el tomo XIX de su "Historia de Chile". El autor, tomando en consideración la trascendencia de su obra, no vacila en dar a conocer los fundamentos más sólidos y sus apreciaciones más firmes para explicar su concepto de cómo se hace la historia moderna y de cómo, saliéndose de los rígidos marcos de la erudición, se le puede infundir un soplo vital; esa vibración que arranca de la vida misma y se expresa y anima en una caudalosa corriente, en que hombres y acontecimientos llevan sangre y pasión de su propio carácter y de la época en que actuaron. O sea, iluminar el pasado de un pueblo, exaltando la historia a la dignidad de arte. Es lo que don Francisco A. Encina ha realizado en su obra eminente.—N. de la D.

(1) Enmienda de Ignacio Zenteno Gana a la reflexión de Salustio, repetida por Adolfo Armanet, su secretario, y más tarde rector y profesor de filosofía y literatura del Liceo de Talca.

La historia ha sido, efectivamente, el refugio de los que nacieron con vocación de intelectual y destituídos de las dotes que hacen posible al pensador, al sabio de laboratorio o microscopio, al matemático, al poeta y al artista.

Es difícil imaginar una actividad intelectual con menos exigencias cerebrales que la de acumular hechos y formar con ellos un montón sin sentido histórico, o engastarlos bien o mal en una armazón ideológica sentimental preconcebida, mediante el trabajo de taracea, o pisotear el pasado hasta reducirlo a una masa informe y amoldarlo en un esquema filosófico, sociológico o político (las antiguas historias narrativas y filosóficas y las modernas historias conservadoras, liberales, socialistas, marxistas, etc.). Las mismas obras maestras de otros tiempos, que se limitaban a destacar delante de los ojos del lector la imagen coloreada y viva de la superficie del pasado, como la «Historia de Inglaterra», de Macaulay, y las ponderadas y amenas obras de Ranke, no tienen mayores exigencias intelectuales que las corrientes en los demás géneros literarios; en ellas sólo hay el reemplazo de la imaginación creadora por una poderosa imaginación evocativa, acompañada del sentido histórico.

En los últimos ochenta años, la concepción de la historia, y con ella las exigencias de materiales, de dotes intelectuales y de saber en el historiador, han crecido con rapidez tan vertiginosa que ha sido imposible seguir las en el mundo de las realizaciones.

Dentro de la antigua historia, la debilidad del material y aun las grandes lagunas, que afectaban a aspectos enteros del desarrollo histórico, no tenían trascendencia. Barros Arana, siguiendo a Bello, se formó un concepto totalmente errado sobre las funcio-

nes y la importancia de los cabildos coloniales; por falta de materiales, prescindió de la inquisición; por inercia cerebral, no se percató del choque entre las concepciones mística y realista de la conquista, factor sin el cual es imposible entender correctamente lo que ocurrió desde la llegada de fray Gil González de San Nicolás hasta la expulsión de los jesuítas; sustituyó el contenido de los documentos sobre la administración de justicia, por lo que viajeros de muy dudosa veracidad, dijeron de la justicia de otras secciones de Hispanoamérica; reemplazó el contenido de los documentos sobre la enseñanza y sobre varios aspectos más del desarrollo histórico colonial, por los postulados de los enciclopedistas y especialmente de los autores de la leyenda negra contra España. Su obra, lejos de resentirse, ganó mucho en sencillez, en estructura y especialmente en unidad; pues las supresiones no afectaron a la urdimbre ideológica sentimental previa que la informa, y los postulados de la leyenda negra calzan con ella, tanto como los datos de los documentos ignorados o preteridos chocan.

En cambio, basta una sola laguna en un aspecto trascendental, o un extravío engendrado por la debilidad de la documentación, por defecto de estudio o por inercia cerebral del historiador, para que la historia genética se derrumbe.

Aludiendo a la insuficiencia o a la inadecuación de las dotes de la mayoría de los historiadores, dijo Mommsen: «El historiador nace». Con la concepción genética, las exigencias intelectuales de la historia han crecido hasta tornarse desesperantes. Los esfuerzos de uno que otro cerebro poderoso, casi siempre procedente de otros sectores del pensamiento, Montesquieu, Voltaire, Vico, Turgot, Herder, Hegel, Comte, de

Gobineau, Spencer, Taine, Mommsen, Meyer, etc., han logrado superar parcialmente unos, y levantar otros, el esqueleto ideológico-sentimental con que el historiador sustituye la auténtica urdimbre espiritual del pasado. Más de un gran artista ha conseguido desgarrar el sudario con que el erudito envuelve el cadáver momificado de la vida pasada. Ninguno ha logrado levantar la historia a la altura que alcanzan hoy en día las demás ramas de la ciencia y del arte.

La aprehensión del fondo del pasado—los sentimientos, los ideales, los deseos y los impulsos que lo animaron y la génesis de las fuerzas sociales, sus acciones y reacciones hasta que afloran desde las profundidades del subconsciente a la superficie, por las grietas abiertas por los vaivenes del suceder—exige una sensibilidad cerebral, una visión honda, amplia y equilibrada, libre de las anteojeras de los postulados científicos, políticos y sociales y de las pasiones bastardas, y una superación de la influencia del medio que nos circunda y condiciona nuestro pensamiento, prácticamente inalcanzables.

Toda falla intelectual congénita y todo desequilibrio engendrado por la especialización, se resuelven fatalmente en extravíos en la representación del pasado.

La inercia cerebral del erudito, la superficialidad del retórico y la debilidad del sentido histórico en la gran mayoría de los pensadores, crearon el absurdo período de la Edad Media, amasado con los últimos estertores de la agonía de la civilización greco-romana y la génesis de la occidental moderna, cuyas diversas etapas difieren entre sí, más que ambas civilizaciones.

Es difícil imaginarse un historiador más acucioso, ponderado y libre de prejuicio ideológicos y senti-

mentales que Burckhardt; y, sin embargo, su preferencia por la historia de la cultura, perturbó trascendentalmente su representación del Renacimiento. La espectacular resurrección de la cultura greco-romana le impidió percibir el fondo del fenómeno: el desarrollo de las posibilidades cerebrales latentes en los bárbaros nórdicos, realizado en un milenio de contacto y de cruzamiento con la población greco-romana; deslumbrado por las brillantes corolas de las flores, advirtió apenas los tallos y las hojas y no reparó en las raíces que los alimentaban.

Y, como ocurre casi siempre en la historia, el extravío inicial se ha perpetuado por más de medio siglo. Los historiadores han señalado los diversos factores que engendraron el Renacimiento, cargando el acento ora sobre unos, ora sobre otros; todos han preterido el factor básico: el desarrollo cerebral de los bárbaros nórdicos realizado en el milenio corrido entre los siglos V y XV, fenómeno estrechamente ligado a la civilización y a la cultura, pero que no se confunde con ellas.

Sin salir de la misma época, «Hacia el fin de la Edad Media—dice Huizinga—el tono fundamental de la vida es una amarga melancolía»... «No sólo es hastío de la vida, sino también miedo a la vida». Y el hecho de que este fenómeno culminara en los umbrales de la eclosión de optimismo de la segunda mitad del siglo XV y comienzos del XVI, lo empuja a divisar en esta última un carácter puramente estético. Un poco de menos intelectualización y de más contacto con los aspectos afectivo e instintivo de la vida, habría volcado de pies a cabeza su juicio. Habría advertido que el pesimismo de la primera mitad del siglo XV francés era una simple capa de barniz extendida sobre la

superficie de la sociedad por el desprecio cristiano de la vida terrenal, que hacia esa época alcanzó su apogeo con la predicación de los monjes de las órdenes mendicantes, cuya influencia subestima en extensión y exagera en profundidad; y que, más allá de este barniz, que los simples estremecimientos del desarrollo social tenían que desconchar, latían vigorosas y pletóricas de vida ansiosa de realizarse las fuerzas sociológicas que engendraron la civilización occidental: la voluntad de crecimiento y poderío y la confianza instintiva en su destino, características de toda civilización mientras va hacia arriba. Habría advertido, también, que el optimismo renacentista fué un fenómeno de fondo, que hunde sus raíces en los propios orígenes de los pueblos occidentales modernos, que el resquebrajamiento de la capa de barniz pesimista formada por el desprecio cristiano de la vida terrenal, dejó al desnudo.

En nuestros propios días, Toynbee acaba de intentar el enfocamiento de las veintiuna civilizaciones registradas por la historia desde un mirador situado en la estratósfera, a fin de sustraerse a la influencia ilegítima del medio circundante, y de concluir con la arbitrariedad de erigir nuestra propia civilización en arquetipo y medida de las demás. Como era ineludible, la tentativa remató en un descalabro. La supervisión se resolvió en el olvido o en la subestimación de las características que permitieron a las naciones occidentales, mientras su ritmo vital fué hacia arriba, dominar a las demás y servir de vehículo a la prodigiosa ascensión del progreso en el último siglo y medio. En un terreno más modesto, engañado por la comunidad de cultura, cae en el error general—en el cual también caí en los escritos de la juventud—de consi-

derar la civilización de los Estados Unidos, que recién nace en condiciones sociológicas distintas de todas las que hasta hoy día ha conocido la historia, como una simple prolongación de la inglesa moderna.

Pasando al saber, a fines del siglo XIX, Lord Acton (2), el gran teórico inglés de la historia, exigía en el historiador, para que su obra tuviese algún valor, el dominio de la totalidad del saber humano, que, si se ha de creer a la numerosa legión de sus discípulos y admiradores, él habría estado muy cerca de alcanzar, y el conocimiento exhaustivo de todo el material impreso o inédito relacionado con su tema. La imposibilidad de vivir los trescientos o cuatrocientos años que semejante preparación exige hoy en día y de disponer además del tiempo necesario para escribir la historia, y la dificultad de que se reúnan en un cerebro las dotes que hacen posible al gran historiador y la flexibilidad necesaria para abarcar la rosa entera del saber humano, han disminuído las exigencias al dominio de las ramas de la ciencia más directamente relacionadas con la historia y al conocimiento de las restantes en la medida necesaria para abordar con éxito los diversos aspectos de la evolución histórica: la política, la administración, la diplomacia, el desarrollo económico, las finanzas, la legislación, las guerras, la religión; y la cultura en toda su amplitud: ciencias, artes, letras, moral, filosofía, enseñanza, medicina, ingeniería, etc.

Esta exigencia, en su segunda forma, culmina en la historia genética. Fuera de un corto número de eru-

(2) John Emerich Edwards Dulberg-Acton, primer barón de Acton, profesor de historia moderna en la Universidad de Cambridge.

ditos, enamorados de sus documentos, como el alfarero de su arcilla, nadie discute hoy en día la posibilidad, ya apuntada por Goethe, de aprehender intuitivamente la forma del pasado; los términos de comparación que exige, flotan en el ambiente cultural que respiramos. Pero no ocurre lo mismo con el fondo. Nuestro cerebro no puede formar conceptos en el vacío. Dentro de la antigua historia, la armazón ideológica sentimental previa servía a la vez de sostén de la masa de hechos y de punto de referencia de los juicios del autor. Dentro de la historia genética, que carece de urdimbre ideológica preconcebida, los conceptos son simples relaciones de semejanzas o de disconformidades entre los hechos y los procesos aprehendidos por nuestro cerebro con otros que ya conocemos; y su valor dependerá, no sólo de las dotes cerebrales, sino también de la amplitud y profundidad de los conocimientos del historiador. Aunque logre reunir todo el material necesario, la historia de nuestra cultura escrita por un erudito para el cual son arcas cerradas con siete llaves las características de las culturas de las diversas civilizaciones que registra la historia, fatalmente resultará un lamentable desperdicio de tiempo y de actividad intelectual. ¿Qué valor puede tener la historia de nuestro desarrollo económico escrita, como ha sucedido hasta hoy en día, salvo algunos estudios monetarios, por profesores totalmente extraños al desarrollo económico universal, o que lo sustituyen por una ampliación ilegítima en el tiempo y en el espacio de los postulados de la economía política? Descendiendo a un terreno aún más concreto, ¿qué experiencia puede inferirse de la historia de una guerra escrita por un militar o civil que ignora la geografía del teatro de operaciones, la potencialidad activa y

latente de los contendores, sus características psicológicas, las armas, la táctica y la estrategia de la época, o las exigencias políticas que condicionaron su alta dirección?

Dentro de la concepción que informa la presente obra, una historia encuadrada en postulados sociológicos carece de valor. Como en toda la creación científica, las hipótesis, las generalizaciones y las teorías, son antenas ineludibles en el progreso del conocimiento humano y, en seguida, barreras que estorban el nuevo avance. No obstante, el viejo aforismo de Letourneau: «Las teorías pasan y los hechos quedan» encierra una verdad relativa en las relaciones entre la sociología y la historia. Pero el historiador que no domine la sociología caerá de bruces, junto con dar un paso más allá de la piel del pasado, y sólo se levantará para caer nuevamente.

Aparte de las exigencias de dotes intelectuales y de conocimientos prácticamente universales, se alza el arduo problema del lector, o sea, el de la transmisión de las representaciones del fondo y de la forma del pasado que se historia, mediante los recursos del arte, si fuese posible a toda persona capaz de leer algo.

Las dificultades que necesitaban enfrentar en este terreno las antiguas concepciones de la historia, han crecido y multiplicado en la misma medida que las exigencias de dotes cerebrales y de conocimientos.

En el empeño por vencer las grandes dificultades de fondo y de forma que presenta la concepción que he intentado realizar en esta obra y evitar el naufragio en alguno de sus numerosos escollos, he desmontado pieza por pieza la teoría de la historia, para reconstruirla a la luz de los actuales conceptos del conocimiento, de

las creaciones científicas y artísticas y de la singularísima posición intermedia que ocupa entre ambas.

En los esfuerzos desplegados para levantar la historia desde la postración en que yace, en parte como corolario de la tendencia del erudito a reducirla a un montón de hechos sin sentido histórico, se ha ido demasiado lejos en el desdén por las antiguas concepciones. En vez de seguir el ejemplo, antes de escribir, he llevado el estudio de los grandes modelos hasta donde me lo han permitido mis fuerzas y utilizado sus aciertos. Con frecuencia he sacado de quicios los recursos de la antigua técnica para adaptarlos a funciones distintas de las que se tuvieron en vista al crearlos. Empero, tampoco me he arredrado ante las más audaces innovaciones, si prometían solucionar, siquiera imperfectamente, las dificultades que necesitaba vencer.

Los antiguos eruditos-historiadores sentaron la norma, descuidada casi por completo en la historiografía hispanoamericana y bastante en la europea, de no entrar el documento aislado o *crudo* a la historia. Naturalmente, dentro de su concepto de la historia, la confrontación de su contenido con el de los demás documentos, se limitaba al aspecto material, a las fechas, los nombres y los hechos concretos. He transportado la norma a la interpretación del pasado, no dando cabida en la historia al contenido de un documento sin la confrontación previa con todos los datos que directa o indirectamente se relacionan con él, y si se trata de un documento público emanado de un mandatario, ministro o político, especialmente con su correspondencia privada y con su actuación.

En la imposibilidad de transportar las normas clásicas de Ranke a la concepción genética de la historia

y especialmente a la representación del fondo del pasado, he sustituido la discriminación de los materiales, por el enfocamiento de la totalidad del momento histórico, ampliándolo en el espacio y en el tiempo para que resalten las conexiones de sus diversos aspectos y el encadenamiento emerja espontáneamente a la superficie.

Bastó la supresión del tradicional reemplazo de los sentimientos, las ideas, las pasiones y los deseos de los actores por los del autor y los del momento en que escribe, para que la urdimbre espiritual del pasado renaciera, iluminada por un soplo auténtico de vida y tomara sentido inteligible para nuestros actuales cerebros, en la medida que ello es posible.

Para no perturbar el funcionamiento de la criba subconsciente que aparta lo que tiene sentido histórico de lo que no lo tiene, renuncié al empleo de la papeleta, tan útil en la investigación como fatal en la historia. Intentando producir en el lector una segunda discriminación, he usado y abusado de las repeticiones, insistiendo en lo trascendental, a fin de que se grabe en su mente, mientras lo secundario, cumplido el propósito con que lo utilicé, retrocede al claroscuro.

Persiguiendo la máxima claridad compatible con los complejos procesos de la evolución social, he utilizado todos los recursos de la técnica tradicional: la narración, los cuadros, las agrupaciones de grandes masas de hechos afines, los resúmenes, las miradas retrospectivas, los retratos, y con parsimonia, las imágenes y las comparaciones con procesos análogos, y creado otros nuevos que las exigencias especialísimas de la historia genética, tal cual preside esta obra, hacen necesarios. Luchando contra el amaneramiento, o sea, el trote monótono del caballo de carruaje de al-

quiler, que el historiador tiende a tomar, he procurado variar la forma en las materias que lo permiten, sin detrimento de la claridad y de la concisión.

A lo largo de toda la obra reemplazo las abstracciones, que impregnan de olor a momia la historia (Goethe), por la simbolización espontánea en la máxima medida posible, y por hechos, datos y anécdotas, aparentemente de dudoso valor histórico. Han triplicado su extensión; pero han revestido el esqueleto del pasado de carne y de venas por las cuales circula la sangre.

Contrariamente a la creencia de Carlyle, la humanidad no ha marchado empujada por un corto número de hombres superiores; han sido los movimientos de masas, los grandes impulsos gestados en el subconsciente colectivo los que, para aflorar, se han encarnado en algunas de las grandes figuras de la historia.

Aparte de estas encarnaciones reales, los pueblos necesitan, sobre todo en su infancia y su juventud, simbolizar en dioses, semidioses, héroes y caudillos su propia historia, desde los procesos trascendentales gestados en el seno del subconsciente colectivo, hasta los hechos aparentes, por poco complejos que sean.

He utilizado la simbolización auténtica, que en nuestra corta historia se reduce a Portales, la entidad Montt-Varas, los prelados Valdivieso y Salas; y ya fuera del período que abarca esta obra, Alessandri. He cuidado, al propio tiempo, de levantar al primer plano el correspondiente movimiento de fondo o de masa, exhibiendo con el máximo relieve tolerable las fuerzas sociales y el momento histórico que hicieron posible el régimen político impuesto por Portales y estructurado por Montt; y los antecedentes de la eclosión del ultramontanismo y de la lucha religiosa.

Reconociendo que la simbolización artificial es una necesidad en los pueblos aun en plena infancia mental como el nuestro, la he rehuído inflexiblemente, no por demoler los héroes tradicionales, como se me ha enrostrado, sino porque es absolutamente incompatible con la historia genética. Basta transfigurar en genios las personalidades de Carrera y de O'Higgins, o simbolizar en ellas un impulso que se gestó en el seno de la aristocracia criolla y que no tuvo verdadero caudillo individual, para que el desarrollo de la revolución de la independencia se torne ininteligible. Aun deteniéndose en la piel de la historia, un niño despierto de 14 años formularía a su profesor estas contundentes preguntas: Si Carrera era un genio, ¿por qué no liberó a su patria y en seguida a la América del Sud, como Bolívar?; y si O'Higgins era también genio, ¿por qué cayó del poder, dejando a sus sucesores por única herencia la anarquía y el caos político?

Con el doble propósito de evitar la momificación y de hacer posible el reemplazo de los postulados que servían de columna vertebral a la historia, por el encadenamiento histórico, he sustituido los maniqués plutarquianos, aun caros a la infantil mentalidad hispanoamericana, por hombres de carne y hueso, con la consiguiente indignación de sus deudos, de sus admiradores y de los cuerpos o gremios a que pertenecieron.

Aun en obras escritas para el uso de tal o cual gremio, bando político o familia, la adulteración de la personalidad real de los actores de la historia, no sólo es un fraude consciente o inconsciente, sino también una falta de cordura y un error estético. La sencilla figura de Baquedano, con su optimismo sensato, su don de mando y su táctica rectilínea, es simpática y

respetable. El empeño por hacer de él un Turena o un príncipe Eugenio, de cuyo cerebro surgieron los planes militares que decidieron la Guerra del Pacífico, además de atropellar cuanto documento hace parte de las fuentes históricas, lo convierte en un maniquí agobiado por el peso de la casaca recamada y del casco empenachado con que se intentó enaltecerlo. Los calificativos de gran almirante y de autor del plan de Angamos, que sólo conoció por el telegrama en que Sotomayor le ordenó situarse enfrente de Antofagasta, antepuestos al capitán de navío y comandante en jefe (nominal) en Angamos, Riveros, seguidos del cañonazo en una posición en la cual era imposible hacer blanco en el «Huáscar» sin dar en el «Cochrane» y que barrió de la cubierta de este acorazado diez marineros, y de la imprudente embestida que estuvo a punto de concluir en una carambola, con la cual Chile habría perdido sus dos acorazados y con ellos el ejército de Antofagasta, se representarán a todo lector sensato como una extravagancia o como una burla de mal gusto.

No me habría rebajado a recoger semejantes extravíos, si detrás de ellos no se ocultara un móvil subconsciente: la antipatía racial por toda capacidad superior auténtica, lo mismo en el terreno político que en el militar; y su corolario, la necesidad de borrar el recuerdo de todo valor insultante para la medianía ambiente: las figuras de Lynch y de Latorre, que honrarían a la propia marina inglesa; de los grandes ministros Sotomayor y Vergara; y de los generales Lagos, Gorostiaga y Velásquez, surgidos de la propia guerra, en un pequeño ejército que no tenía otra escuela que las campañas de Arauco, sustituyéndolos por un símbolo convencional que a nadie irrita.

Siguiendo el ejemplo de Mommsen, para no velar la imagen del pasado, después de construir el edificio, he retirado los andamios y enjugado las gotas de sudor que el esfuerzo hizo asomar a mi frente, produciendo, como le ocurrió al propio Mommsen y más tarde a Curtius, en los asilados del hospicio del mundo intelectual, la impresión de estar delante de una novela.

El empeño por disimular la endeblez o la baja calidad de una obra histórica, multiplicando las citas, exhibiendo la discriminación previa de los hechos o acompañándola de una imponente nómina de fuentes impertinentes, no pasa de ser una vesanía, análoga a la del arquitecto que intentase ocultar la debilidad o la insignificancia de un edificio, recubriéndolo con una majestuosa caparazón de andamios y puntales incorporados a firme en los muros. La historia está hoy en día abocada al dilema de transformarse en una creación artística, sujeta al respeto de la realidad o, a desaparecer, arrastrando consigo a la erudición, que no tiene vida ni finalidad propias. Nunca se insistirá en exceso en el error de abusar en la historia de las citas de fuentes y las discriminaciones del contenido de los materiales, cuyo lugar es la investigación y la monografía

Y aquí llego al gran escollo de la historia genética. La conciliación de las diversas fases de la verdad histórica, tan fácil de solucionar teóricamente, presenta en la práctica tales dificultades que más de una vez me movieron a soltar la pluma.

Desde que la conciencia de la relatividad del conocimiento se impuso a nuestros cerebros, *la verdad* quedó reducida a una simple abstracción, eco de una etapa ya pretérita del desarrollo intelectual. En lugar de la *verdad histórica* surgieron una serie de verdades: la

verdad de los actores, las fases intermedias de la verdad y la verdad del autor y su ambiente, condenada a ser substituída por otra verdad después de un breve reinado.

La verdad de los actores, o sea, el concepto que se formaron del momento que vivieron, es una verdad canija y enclenque, estrecha en el panorama que abarca, superficial en la hondura de la visión, salpicada de patrañas y de errores de toda índole y deformada por las pasiones y los intereses del momento en que actuaron. Pero lo que ellos creyeron es lo que pesó en el suceder, con absoluta abstracción de su valor racional y del juicio que merezca al historiador y a la posteridad; es elemento integrante de la urdimbre espiritual del pasado que historiamos, y a este título, una de las piedras angulares de la historia genética.

Las fases intermedias de la verdad las forman los conceptos, sujetos a continua evolución, que todo momento histórico forma sobre los que le precedieron. Estas fases intermedias de la verdad histórica no tienen para nosotros valor histórico respecto del pasado que enfocan; pero lo tienen respecto del momento en que afloran y de su futuro inmediato.

La verdad del autor es su propia visión del pasado que historia, forjada por un complejo de factores: los materiales históricos, las características intelectuales, los sentimientos, la cultura, el momento en que escribe, etc. Es una verdad más amplia, más profunda y más serena que la de los actores, alumbrada por los conocimientos científicos, el dominio de la historia de otros pueblos, el acrecentamiento de los materiales históricos y, hasta cierto punto, libre de los prejuicios, las pasiones y los intereses que tiñen la verdad de los ac-

tores y que abarca lo que precede y lo que sigue al momento histórico que enfoca.

Pero la verdad del autor es una simple creación de nuestro cerebro, que no hace parte del pasado que historiamos, que los actores no conocieron, y que, por consiguiente, no pesó en el devenir histórico. Como acabamos de decir, lo único real, lo único que hace parte del pasado, son las creencias de los actores y los conceptos, deformados por las pasiones, que actuaron como móviles de sus actos. La sustitución o el aplastamiento de la verdad de los actores por la verdad del autor, aunque abonados por el ejemplo de algunas de las grandes autoridades históricas y por la turbamulta de los medianos, al adulterar la realidad del pasado, cimiento de toda creación histórica, convierte la obra en un simple castillo de naipes que se derrumbará con la primera brisa.

La solución ideal de las dificultades de todo orden que surgen de las representaciones de tres verdades, que casi constantemente se hacen fuego, sería la supresión de las verdades intermedias y de nuestra verdad. Por desgracia, la verdad del autor es un recurso insustituible en la ardua empresa de destacar el fondo del pasado ante los ojos del lector. La gestación subconsciente de las fuerzas que tejen la historia, no hace parte de la verdad de los actores; el mimetismo psicológico impide a los contemporáneos percibir el origen y el sentido del torbellino que los arrastra; su visión es demasiado estrecha en el espacio y en el tiempo para que puedan percibir el encadenamiento histórico. Suprimida la verdad del autor, el lector sólo percibiría una masa informe de hechos, de creencias y de cambios rebelde a toda inteligencia racional.

En la imposibilidad de suprimir la verdad del autor,

he procurado reducirla a simple lámpara que alumbra el pasado, y no he omitido esfuerzo por incorporar la verdad de los actores, inclusive el concepto que ellos tenían del pasado, al torbellino del suceder, y por su intermedio, al encadenamiento histórico, borrando, en seguida, lo mismo que en todos los demás aspectos, las huellas del esfuerzo, para no asesinar artísticamente la obra.

Creo haber alcanzado parcialmente mi propósito en los períodos normales. Pero hay momentos históricos en los cuales todos los recursos de la técnica resultan insuficientes. Uno de ellos es el de 1888-1891. Bajo las apariencias de una personalidad normal, había en Balmaceda una de las psicologías más complejas que es posible concebir. Pertenece al número de los gobernantes delante de los cuales la pluma de Macaulay, y con ella la de todos los literatos, da bote y reemplaza con un artístico retrato literario forjado por la fantasía al hombre de carne y hueso que no logró aprehender. El bisturí del psicólogo tantea en todos sentidos sin descubrir las raíces de sus reacciones desconcertantes. La antigua conseja psicológica de que la claridad está en razón directa de la superficialidad, falla en su caso. Nada se avanza con detenerse en la superficie. Porque, ¿qué explicación racional tiene para nuestros actuales cerebros el hecho de que un mandatario que, según la frase en que Mac-Iver esculpió la creencia general de los contemporáneos «convirtió su persona en la autoridad y la autoridad fué su persona», no intentara perpetuarse en el mando, como los demás dictadores hispanoamericanos? ¿Y qué explicación tiene el hecho insólito de que un gobernante que no aspiraba a perpetuarse en el mando, se declarase

dictador y desencadenara una catástrofe, que selló con su vida, hacia el ocaso de su período constitucional?

A la dificultad de aprehender y destacar fielmente la personalidad real del mandatario, se añade el súbito afloramiento de las ideas-fuerzas que desencadenaron el ciclón de 1891. Hombres y sucesos se mueven con tal rapidez que la más fina sensibilidad cerebral apenas alcanza a registrar los cambios más aparentes. El mandatario, los bandos y los caudillos danzan una zarabanda sin sentido y rebelde a toda inteligencia racional, si la mirada se detiene en la superficie de los sucesos. Los antiguos campeones de la intervención electoral del ejecutivo y los más sólidos pilares de la fase liberal del régimen portaliano se convierten súbitamente en ardorosos apóstoles de la libertad electoral y del sistema parlamentario, y el reformista exaltado y adepto del régimen parlamentario, en apóstol del régimen portaliano y de su restauración a su prístina pureza.

Para conciliar la representación fiel de un momento histórico tan singularmente complejo con exigencia de caridad de parte del lector, me he visto obligado a recurrir a un recurso extremo, que importa un verdadero sacrilegio estético: el doble esbozo de la personalidad de Balmaceda, cargando el acento la primera vez sobre la verdad de los actores, o sea, el concepto que se formaron de ella y las creencias que presidieron la génesis y el desarrollo de los acontecimientos (capítulo I), y la segunda sobre mi verdad, o sea, sobre la personalidad real del mandatario, su pensamiento político y el encadenamiento de los sucesos, tal como se destacan en mi cerebro (capítulo XVI). Los mismos datos sugerirán a otros cerebros una personalidad muy distinta de la que a mí se me representa. No pre-

tendo que mi representación valga más que las tradicionales o las que aparezcan en el futuro; pero creo que es la que más se conforma con la actuación del mandatario y con el desarrollo de los acontecimientos. Los lectores decidirán por sí mismos sobre su valor.

Para alcanzar la claridad anhelada, en el caso de Balmaceda, es también ineludible acogerse a las recomendación de Leibniz de dividir las personalidades y los procesos excesivamente complejos, y enfocar separadamente al estadista y al político, la presidencia constitucional y la dictadura. Por lerdo que sea nuestro cerebro, cuando sigue la actuación de un gobernante a través de los días de paz y de los de tormenta, pronto advierte que su personalidad cambia, y que los cambios son más bruscos en los hombres superiores que en los vulgares, como corolario de los desequilibrios casi siempre presentes en toda superioridad.

* * *

Entre las rectificaciones de que ha sido objeto la «Historia de Chile», hay dos que merecen ser recogidas.

La primera es la preterición de la influencia literaria de Lastarria en el segundo tercio del siglo XIX. Ateniéndose a los «Recuerdos Literarios», Lastarria habría sido el foco desde el cual irradió, a partir de 1842, el rápido desarrollo de la cultura chilena en casi todos sus aspectos. Pero, al concordar los «Recuerdos Literarios» con los *recuerdos de los discípulos* que alcancé a tratar, estalló al instante la duda de que se tratase de una simple alucinación. Todos lo apodaban *el maestro*; pero ninguno se reconocía discípulo en el terreno literario y casi ninguno en el político. Y si se

deja de lado los «*Recuerdos*» del maestro y las confesiones de los discípulos, para atenerse al testimonio de la producción literaria entre 1842 y 1891, no asoma en ella la menor huella de la influencia personal de Lastarria, más allá del terreno político.

Por lo demás, la explicación del hecho se cae de su propio peso. A partir de 1842, la influencia directa de las corrientes literarias europeas, empezaron a hacerse sentir con fuerza en nuestro ambiente intelectual y ahogaron todos los focos criollos, lo mismo el de Lastarria que el de los demás escritores, salvo el de Bello, que se prolongó, ya muy desvaído, hasta fines del siglo con Amunátegui, Barros Arana y unos pocos discípulos más. Se imitaba directamente a los grandes poetas, novelistas, dramaturgos, críticos, costumbristas, etc., europeos, sin pasarlos por el tamiz del temperamento literario de Lastarria, ni conformarse a sus lecciones.

Más asidero tiene el segundo reparo: la subestimación de Blest Gana en cuanto novelista. Los juicios literarios, si aspiran a tener algún valor, deben ser el resultado de la comparación consciente o subconsciente a través de nuestra sensibilidad estética. Ahora bien, Blest Gana es un aislado en la literatura chilena y aun en la hispanoamericana del siglo XIX; y sin darme cuenta, lo situé en el único plano que le corresponde: el de las diversas ramas que, arrancando de Balzac, caracterizaron al naturalismo francés del siglo XIX en su sentido de reacción contra el romanticismo idealista; y lo acerqué a Flaubert, Maupassant, Goncourt, Zola, Daudet, etc. Naturalmente, se me representó y se me sigue representando inferior a todos ellos. Concedo gustoso que este es un juicio ilegítimo. Un autor no puede ser juzgado con independencia de su medio;

y Blest Gana, referido a sus contemporáneos de Hispanoamérica, se destaca con las proporciones con que se lo representa el sentir casi unánime de la crítica literaria chilena.

Empero, con la misma franqueza con que reconozco mi error de perspectiva, insisto en el aislamiento de Blest Gana y en su superación por los grandes novelistas chilenos de nuestros días. Nunca he podido advertir las huellas de su influencia sobre la novela chilena. Le ocurrió en este terreno lo que a Lastarria: la influencia directa de los grandes maestros europeos ahogó las posibilidades de irradiación contenidas en sus obras.

Por último, pese al sentir general de nuestros grandes críticos, sin desconocer sus méritos con relación al medio y al tiempo en que escribió, las obras del discípulo chileno de Balzac, no resisten el acercamiento—por lo demás también ilegítimo—a las buenas novelas de Edwards Bello, Barrios, Durand y cuatro o cinco novelistas chilenos más del siglo XX.